

El Despertar [Parte Dos] Final

Autor: Pecado de Seda

Categoría: Amor / Románticos

Publicado el: 18/05/2026

Lo que empezó como un incendio de piel y promesas se fue enfriando bajo el peso de la realidad de Fran. Las semanas pasaron y la conexión que parecía inquebrantable comenzó a agrietarse.

La distancia, su matrimonio —que nunca terminaba de romperse del todo— y sus silencios cada vez más largos nos sumieron en una crisis profunda.

Yo sentí que lo perdía, pero no estaba preparada para la forma en que él decidiría "solucionarlo"

El reencuentro no fue entre susurros, sino bajo una luz cruda y una verdad que me tocó el pecho. Fran ya no me miraba con la misma hambre; Algo había distante en su gesto, algo que me hizo comprender, antes de que abriera la boca, que alguien más había ocupado el espacio que yo creía tener en exclusiva.

Anna, las cosas han cambiado —me dijo, y su voz, que antes era mi refugio, ahora sonaba como un veredicto—. He conocido a alguien.

Se llama Rosa.

El vacío que sentía era abismal. Me había reemplazado. Aquella complicidad de madrugadas se había diluido en favor de otra presencia. Pero Fran no quería dejarme ir del todo; Quería reescribir las reglas a su favor, en una jugada que me obligaba a elegir entre el orgullo o los restos de su atención.

—Si quieres que sigamos juntos, ya no puede ser como antes —continuó, sosteniéndome la mirada con una frialdad que desconocía—. Ya no seremos "amigos especiales". Solo amigos. Y si quieres estar en mi vida, tienes que aceptar a Rosa. Tienes que aceptarnos a los dos.

La humillación y el deseo se mezclaron en mi garganta. Rosa no era una invitación al placer compartido; era la condición para mi supervivencia en su mundo.

Entonces, la puerta se abrió.

Rosa entró con una seguridad que me hizo sentir pequeña por un instante. Era distinta a mí, con una energía que parecía alimentar la nueva versión de Fran. Me miró con una mezcla de curiosidad y triunfo, sabiendo que ella era la pieza que ahora dictaba el juego.

—Hola, Anna —dijo ella, con una sonrisa que no llegaba a ser amable, pero que desprendía un magnetismo inevitable—. Fran me ha hablado mucho de ti. Supongo que ya sabes que, a partir de ahora, las noches ya no serán solo de dos.

Me quedé allí, de pie, viendo cómo Fran se acercaba a ella y le ponía una mano en la cintura, la misma mano que semanas atrás me recorría a mí con urgencia. El trío que tanto habíamos imaginado de forma abstracta estaba ahí, frente a mí, pero no era un sueño. Era un desafío.

El silencio en la habitación pesaba más que cualquier confesión anterior. Miré a Fran y luego a Rosa, que seguía allí, de pie, como la dueña de un tablero en el que yo acababa de perder todas mis piezas. Podría haberme dado la vuelta, cruzar esa puerta y recuperar mi dignidad, pero el solo pensamiento de no volver a escuchar la voz de Fran, de no sentir su rastro en mi vida, me provocaba un vértigo insoportable.

Estaba enganchada a un recuerdo ya una promesa que ya no existía tal como la conocí. —Está bien —susurré, y al decirlo sentí cómo algo dentro de mí se quebraba para dejar paso a una nueva Anna, una más dócil, más desesperada—. Acepto.

Fran exhaló un suspiro de alivio, pero no hubo ternura en su gesto, sino una especie de satisfacción victoriosa.

Rosa, por su parte, se acercó a mí. Su presencia era embriagadora, cargada de un perfume caro y una seguridad que me resultaba casi insultante. —Buena elección, Anna —dijo ella, estirando una mano para rozar mi barbilla, obligándome a mirarla—. Vas a ver que, si sigues mis reglas, todos

vamos a disfrutar mucho. Pero tienes que entender algo: aquí, el centro no eres tú. El centro somos nosotros.

Me estremecí ante su contacto. Era extraño; La odiaba por haberme arrebatado mi lugar, pero al mismo tiempo, la forma en que me miraba, como si yo fuera un juguete nuevo que Fran le había regalado, despertaba en mí una chispa de excitación prohibida.

Fran se acercó por detrás de Rosa y la rodeó con sus brazos, observándome por encima de su hombro.

Era la misma mirada que antes me dedicaba a mí. Aceptar las condiciones de Fran y Rosa fue como firmar un contrato con mi propia infelicidad. Pronto descubrí que no bastaba con estar allí; el dolor de verlos compartir una complicidad que antes era solo mía me quemaba por dentro. Lo que en la teoría de Fran parecía una "solución", en mi realidad era un goteo constante de humillaciones silenciosas.

Las cosas no mejoraron. Al contrario, el ambiente se volvió irrespirable. Mi cuerpo estaba allí, pero mi mente se había convertido en un detector de desprecios. Cualquier gesto, una mirada entre ellos que yo no entendía, o una palabra de Rosa que sonara demasiado posesiva, era suficiente para encenderme.

Me volví una extraña para mí misma: susceptible y siempre a la defensiva. —¿Otra vez con esa cara, Anna? —preguntaba Fran con una mezcla de cansancio y fastidio cada vez que yo me tensaba. —No es "la cara", Fran. Es que no puedo más —respondía yo, sintiendo cómo la rabia me subía por la garganta. Saltaba a la mínima. Una cena que debía ser "tranquila" terminó en un estallido de reproches por mi parte. No soportaba ver cómo Rosa dictaba el ritmo de la noche, cómo él buscaba su aprobación antes que la mía. Sentía que me habían dejado las migas de una relación que yo misma había ayudado a construir. Y siempre terminaba igual.

En medio de una frase a medio terminar, cuando el nudo en el pecho se volvía insoportable, cogía mi bolso y me levantaba de la mesa o me marchaba de la habitación del hotel. El sonido de mis pasos alejándose por el pasillo era lo único que me devolvía, por unos instantes, una sensación de control. —¡Yo me voy! ¡Quedaros los dos solos, que es lo que queréis! —gritaba antes de cerrar la puerta tras de mí. Caminaba por la calle con el corazón acelerado y los ojos empañados, jurándome que no volvería a caer, que esa era la última vez. Pero el problema era que, aunque me marchara básicamente, una parte de mí seguía encadenada a la esperanza de que Fran se diera cuenta de que me estaba perdiendo. Sin embargo, al día siguiente, el silencio de su parte me confirmaba la cruda realidad: mientras él tenía a Rosa, mis huidas ya no le causaban el vacío que yo pretendía llenar.

La última vez fue diferente. No hubo una gran explosión, sino un silencio frío, de esos que

anuncian que algo se ha roto para siempre. Estábamos en aquel salón que Rosa ya había hecho suyo, y volví a saltar por una insignificancia, por un gesto de complicidad entre ellos que me hizo sentir, una vez más, como una invitada molesta en mi propia vida. Me levanté, cogí mis cosas y caminé hacia la puerta con la intención de marcharme esperando —como siempre— que Fran me detuviera. Pero esta vez, su voz no fue de ruego, sino de sentencia.

Publicado bajo licencia [Creative Commons BY-NC-ND](#)

Enlace original del relato: [ir al relato](#)

Otros relatos del mismo autor: [Pecado de Seda](#)

Más relatos de la categoría: [Amor / Románticos](#)

Muchos más relatos en: [cortorelatos.com](#)